

y derrotado en cuantos encuentros tuvo con las tropas de la Reina. Esto, sin embargo, no desanimaba á los carlistas que con mayor entusiasmo cada vez acudían á engrosar el ejército de Zumalacárregui. Rodil y el Gobierno de Madrid se convencieron de que aquel sistema no era el más á propósito para apagar el incendio. Entonces se pensó en el general Mina, el atrevido liberal que aún permanecía en el destierro, y á quien se llamó para encomendarle el mando militar de Navarra. Pero mientras llegaba Mina, se agravó la situación del ejército cristino con algunas ventajas que consiguió Zumalacárregui con su plan guerrillero, no obstante el escarmiento que llevó en la heroica defensa de los milicianos del Cenicero, que rodeados por las llamas, no consintieron rendirse, y obligaron á su atrevido sitiador á levantar el campo. Pocos días después derrotó Zumalacárregui al brigadier O'Doyle haciéndole su prisionero, y á seguida al general Osma que salió de Vitoria para vengar aquella derrota.

En tal situación llegó Mina á encargarse del mando de los ejércitos de Navarra, en el mes de Noviembre, cuando las tropas estaban hasta cierto punto desmoralizadas y acobardadas por la osadía del jefe carlista. El mismo general Mina no era ya lo que había sido en la guerra de la Independencia; su edad avanzada y las fatigas y dolencias consiguientes á sus campañas le tenían bastante postrado. El ejército además era escaso para contener á los carlistas cuyas filas engrosaban diariamente, y el país se hallaba decidido por la causa de Don Carlos. Añádase á esto la falta de recursos materiales con que tuvo que tropezar el hábil general, y se conocerá lo poco ventajoso de su situación. Así lo primero que hizo Mina fué pedir refuerzos al Gobierno, y medios para poder alimentar y equipar á sus tropas que se hallaban en un estado lastimoso. Diariamente reproducía sus reclamaciones, haciendo ver á los ministros el verdadero estado del país y de la guerra.

No consiguió por más esfuerzos que hizo que se pusieran á su alcance los elementos necesarios. Recorria mientras tanto Zumalacárregui el país, poniendo sitio á algunas poblaciones que por lo general lo rechazaban, y cometiendo crueldades como las de Villafranca, donde después de incendiar la iglesia en donde los milicianos se habían parapetado, y se defendían con heroísmo, desalentados éstos al fin al verse en medio de un espantoso incendio se rindieron á discreción, los hizo, sin embargo, fusilar despiadadamente. En 12 de Diciembre castigó el general Córdova los atropellos del general carlista, derrotándolo y desbaratándole junto á Mendaza, pero á los pocos días en una nueva acción Zumalacárregui vengó también sus descalabros.

Con varias y distintas alternativas, en que unas veces alcanzaban la victoria las tropas isabelinas y otras veces las de Zumalacárregui, continuó la lucha hasta principios del año de 1835, pero sin que se diese ninguna batalla de notables consecuencias, ni se adelantara gran cosa para ninguno de los dos partidos, sino la continua efusión de sangre española en una lucha rencorosa y obstinada. En vano Mina reclamaba socorros y refuerzos del Gobierno, para emprender un ataque general contra los carlistas, batirlos y esterminarlos. El Ministerio le daba buenas palabras, pero nada más. Mientras que esto acontecía en Navarra y en las provincias Vascongadas, que era donde la guerra se presentaba más